





LA LLAVE DE LA LUNA



Marcos David González Arduvino

LA LLAVE DE LA LUNA



Primera edición: noviembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marcos David González Arduvino

ISBN: 978-847-16824-70-0

ISBN digital: 978-84-16824-71-7

Depósito legal: M-27918-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Índice

CAPÍTULO I El comienzo.....	11
CAPÍTULO II Destino	17
CAPÍTULO III Revelaciones	23
CAPÍTULO IV Revelación del pasado	37
CAPÍTULO V La misión	47
CAPÍTULO VI El viaje.....	53
CAPÍTULO VII Los cuatro guerreros.....	63
CAPÍTULO VIII La primera batalla	75
CAPÍTULO IX La planicie de las Rocas Inertes.....	91
CAPÍTULO X Los Oscuros y algunas respuestas	101
CAPÍTULO XI El camino a la fuente	121
CAPÍTULO XII La bestia y los lobos araña.....	135
CAPÍTULO XIII La mano derecha de Petro	161
CAPÍTULO XIV La fuente	189
CAPÍTULO XV Camino a la fuente	199



CAPÍTULO I

El comienzo

Ya no sé cuánto tiempo llevo encerrado, no sé si es de día o de noche. No sé cuánto más se va a alargar este sufrimiento, apenas puedo ver mi cuerpo, tengo frío, hambre, sed; no sé si sigo vivo o este es el castigo por mis pecados. Si es que estoy vivo aún, entonces quiero morir para terminar con esta agonía. Y pensar que todo se produjo por querer salvarla. ¡Qué tonto! Al final ni siquiera supe su nombre, solo recuerdo su pelo dorado y sus ojos celestes como el mismo cielo.

—¿Por qué tuve que salvarla?

Si bien no era feliz, vivía el día a día, sin muchas preocupaciones. Pensándolo ahora, no sé qué me llevó a salvarla. La veía con su vestido verde mientras era golpeada por tres hombres, traté de no involucrarme y desvié la mirada hacia el costado, pero seguía escuchando los estruendos de la golphiza contra su cuerpo; volví la mirada hacia donde estaba tendida y vi su cara llena de sangre, casi desfigurada por los golpes que había recibido.

En ese momento no solo yo miraba, había mucha más gente, pero todos estaban paralizados observando sin mover un dedo. Repetidas veces sacaba la vista y volvía a centrarla en ella, con su cara llena de lágrimas y ya casi sin fuerzas; vi que sus labios se movían, pero no podía distinguir qué intentaba decir. Me concentré y la miré fijo, pude leer que decía:

—Ayúdame, por favor.

Sentí que mis piernas se movieron, más y más veloces cada vez. Comencé a correr, hasta embestir al hombre que estaba más a la izquierda chocándolo con el hombro; al caer, su cabeza golpeo una roca y murió

en el acto. El que estaba en el medio retrocedió asombrado y gritando le dijo a otro que también estaba allí:

—¡Mátalo, mátalo!

El hombre de la derecha, ya casi enfrente de mí, sacó una daga de entre sus ropas. Apresuradamente me saqué el abrigo, lo envolví en mi brazo y se abalanzó sobre mí con la daga en la mano, pero para su desgracia o mi suerte, tropezó con la pierna de la mujer que estaba en el piso. Gracias a eso pude esquivarlo y rápidamente lo tomé del brazo en el cual tenía la daga y lo retorcí hasta que pude quitársela, con la otra mano y sin titubear le atravesé la garganta.

Quedé paralizado, tenía la mano llena de sangre, nunca había matado a nadie. Era una mezcla de raras sensaciones: miedos, tristeza, mi cabeza daba vueltas y vueltas. Aprovechando que yo estaba absorto en mis pensamientos, el tercer hombre echó a correr y pensé «si lo dejo marchar será mi fin»; así que tomé la daga por el filo y la arrojé hacia él. La daga se clavó justo en su nuca y cayó seco al piso. No podía creerlo, le había quitado la vida a tres personas en un abrir y cerrar de ojos, encima por una mujer a la cual no conocía.

—La mujer... la mujer.

Cuando volteé a verla, para mi sorpresa ya no estaba, había desaparecido. «No...no es posible, estaba aquí, tan golpeada, sin poder moverse, es imposible que pudiera levantarse e irse así nada más», pensé. Sin entender, volví a mirar a mi alrededor, pero solo veía a personas murmurando: «Los mató a todos» «¿Cómo se atrevió a matar al señor y a su escolta». Al escuchar eso volví a mirar al hombre que estaba tirado con la daga clavada. Al verlo fue tal mi sorpresa que mi boca quedó abierta y sin poder cerrarla por un instante, tenía el emblema real en sus ropajes.

—¿Qué hice? ¿Qué hice? Acabo de matar a un señor feudal.

No terminé de decirlo cuando por detrás escuché una voz fuerte

—Abran paso.

Las tropas reales llegaban. Miraron los cuerpos en el suelo y, acto seguido, alzaron la mirada hacia mí. Me rodearon con sus enormes caballos, no tenía escapatoria. Sin mediar palabra, dos hombres se abalanzaron sobre mí: uno me golpeó con la empuñadura de su espada en el estómago y fue tal el dolor que no pude mantenerme parado, caí arrodillado; el otro se acercó por detrás, tomó mi cabello, apoyó su pie

en mi espalda y me empujó. Recuerdo ese momento: estaba en el suelo, aún no me recuperaba del golpe en el estómago. Mientras me retorció del dolor, me ataron de pies y manos.

—¿Dónde está la bruja?

—Al parecer ha escapado cuando este hombre atacó a sus perseguidores.

—¿Bruja? Sea o no una bruja, no era razón para tratarla de esa manera —rezongué.

El hombre que parecía el líder me echó una mirada fulminante y luego me pateó de tal manera en la cabeza que perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en un lugar desconocido para mí, era como un tribunal. Estaba aturdido y me dolía la cabeza, por lo que cerré los ojos para tratar de calmarme y recordar lo que había sucedido, cuando el hombre enfrente de mí gritó:

—¿Por qué salvó a esa bruja? ¿Qué tiene que ver usted con el culto de Los Oscuros?

La cabeza me daba vueltas... ¿bruja, culto de oscuros?

—¡No! Lo único que hice fue salvar a una mujer que estaba siendo maltratada, no sé nada sobre brujas ni cultos.

El hombre que me había golpeado dijo con un tono muy enfurecido:

—No solo dejó escapar a la bruja, sino que además mató a dos guardias y al señor de esta zona. No hay nada que discutir.

Terminó con sus palabras y el hombre frente a mí dijo:

—Es verdad, solo hay un castigo para esta calaña: estará preso en el foso hasta que llegue la hora de su ejecución.

Me resistí todo lo que pude, pero me llevaron a la rastra por un camino que parecía interminable mientras recibía golpes y patadas en todo el cuerpo, hasta que llegamos a una entrada que parecía una prisión y dijeron a alguien que allí estaba:

—¡Este es especial!, abran el foso.

El gran pórtico de madera se abrió y comenzamos a bajar unas escaleras; no podía distinguir nada entre la oscuridad y la sangre que cubría mis ojos. De pronto se detuvieron. Se escuchó un sonido metálico y luego me arrojaron contra una especie de pared. Se volvió a escuchar ese sonido metálico y las palabras «Cuando volvamos será tu fin, si aún estas vivo, claro... ja,ja,ja».

Y aquí estoy, no sé cuántos días han pasado, solo sé que ya no puedo soportar más todo esto... por una mujer desconocida.

¿Bruja? ¿Oscuros? ¿En qué me había metido? ¿Soy yo el que está mal o es este mundo, donde una persona puede hacer lo que le plazca mientras sea noble? La justicia solo existe para ellos, ¿Qué le pasó a la humanidad? ¿Cómo fue que se pudrió tanto? ¿Dónde demonios están los dioses que permiten estas atrocidades? En fin, esto me pasa por meterme donde no me llaman, ahora solo me queda esperar que tengan piedad y me maten de una vez.

Me quedé como estuve todo este tiempo, recostado en una especie de pared. No sé cuánto tiempo pasó, hasta que por fin escuché el ruido de la puerta de madera abrirse. Cómo olvidar ese ruido; fue el principio de mi tortura. Ahora escucho pasos acercándose, el corazón me late cada vez con más fuerza. De repente una luz penetrante se me clavó en los ojos, me lastimaba y no pude mirar. Los pasos se detuvieron y otra vez ese sonido metálico, seguido de una voz: «Ja, no puedo creerlo. Aún está vivo... al parecer habrá ejecución».

Había llegado mi momento, por fin la tortura habría de terminar. Me levantaron entre dos hombres y subimos por las escaleras; todo empezaba a aclararse, los ojos me dolían, pero me antepuse al dolor y continué abriéndolos. Levanté la mirada y pude ver el celeste cielo, tan hermoso como esos ojos inalcanzables, los cuales me habían encaminado a este destino. Al respirar saboreaba cada bocado de aire y, sin darme cuenta, estábamos nuevamente donde todo había comenzado. Ahora, en el mismo lugar donde hubiera estado la mujer y los cuerpos, había una plataforma con un yunque y, junto a este, un hombre enorme con la cara tapada y un hacha. El fin estaba cerca, por fin podía terminar todo este calvario. «Ya podré descansar», pensaba. Mientras posaban mi cabeza sobre el yunque, sentí a un hombre hablar, pero cada vez hablaba más bajo. No, no era él, eran mis fuerzas que me estaban dejando, solo tengo que cerrar mis ojos y dormir.

—Argail, Argail.

«¿Qué? ¿Quién está diciendo mi nombre?», pensé. Volví a escucharlo, alguien me estaba llamando con mucho dolor. Abrí mis ojos pero no pude ver nada, solo había oscuridad ante mí.

—¿Qué?— respondí con la poca voz que me quedaba.

—Argail, ¿qué piensas de este mundo? ¿El camino por el cual transita?

—Ya me volví loco, hasta escucho voces.

—No, Argail, no estás loco. ¿Podrías solo responder mis preguntas?

Entonces le seguí el juego a no sé quién, quien quiera que fuese, ya no me importaba.

—Este mundo no tiene futuro, un mundo donde una persona vale más que cien mil no tiene sentido. No solo eso, tiene el poder de hacer lo que le plazca y nadie puede reprochárselo, estamos todos condenados a esta maldita dinastía donde no ven otra cosa más que a ellos mismos, se creen superiores y encima dicen que Dios los puso en ese camino. Si de verdad es cierto, el mismo dios se puede ir al infierno.

—¿Y si te digo que hay otro camino, otra forma, que aún hay una posibilidad de cambiar las cosas, que no todo está perdido? ¿Te aferrarías a esa única oportunidad de cambiar el mundo poniendo tu vida en juego para lograrlo?

—Ja. Mi vida, mi vida no tiene valor, es más: está por llegar a su fin.

—Pero respondiendo a tu pregunta, sí, arriesgaría todo, hasta mi vida si con eso pudiera cambiar el mundo.

—¿Me jurarías lealtad?

—¿Jurarte lealtad? ¿Y quién se supone que eres?

—Ya no queda tiempo, júrame lealtad y te voy a dar la posibilidad de cambiar el mundo.

—¿Por qué a mí?

—¿Sí o no?

—Sí, aunque de seguro solo desvarío. Pero ¿y si te juro que voy a obedecer tus órdenes, sean cuales sean, aunque no sepa quién eres?

Mis palabras no tuvieron respuesta.

Como si estuviera volviendo a la realidad, poco a poco comencé a recuperar mis sentidos, todo comenzó a aclararse nuevamente. Me encontré en esa plaza y comencé a escuchar otra vez aquella primera voz que se había desvanecido anteriormente, la cual recitaba mis crímenes. Al final solo estaba desvariando. De repente, la voz que dictaba mi sentencia se detuvo. Yo veía la sombra del hombre que tenía el hacha en alto, veía que la sombra se movía, cerré los ojos y escuché una especie de silbido; era el hacha que se dirigía hacia mi cuello, parecía como si el tiempo se

hubiese detenido. Cada segundo era tan largo como la vida misma. No quiero morir de esta manera. Alguien, por favor, alguien que me ayude. Las lágrimas comenzaron a salir sin permiso de mis ojos. Escuché un golpe. «El fin, pero no parece el fin, aún puedo sentir mi cuerpo». Abrí los ojos y, para mi sorpresa, el ejecutor estaba en el piso delante mío con una flecha incrustada en su cabeza. Comenzaron los gritos.

—¡Nos atacan, a las armas, Los Oscuros! —esas fueron las palabras que pude identificar.

Los gritos continuaron por un breve periodo de tiempo y, mientras todo parecía desbordado, apareció ante mí la figura de una persona con un atuendo que le cubría no solo el cuerpo, sino también todo su rostro. Cortó mis ataduras, me ayudó a levantarme y me llevó hasta una carreta que estaba cerca de la entrada. Allí me acostó y le gritó al que conducía:

—¡No te detengas hasta el bosque, allá te estarán esperando!

Después de eso, la carreta comenzó a moverse de manera violenta; era obvio que estábamos escapando, todo fue tan rápido que no pude entender que en realidad alguien me había salvado para que cambiara el mundo. ¿En qué lío me había metido esta vez? Si mal no recuerdo, unas de las palabras que había escuchado era «Los Oscuros». ¿Ellos me salvaron? ¿Por qué? ¿Tendrán algo que ver con la voz que escuché antes? ¿Tendrán algo que ver con esa hermosa mujer de cabello dorado y ojos celestes? Estas y otras preguntas, una y otra vez. Mi fuerza se desvanecía poco a poco, estaba exhausto y me dejé caer en los brazos del sueño.

CAPÍTULO II

Destino

Lentamente comencé a abrir los ojos, una tenue luz se escurría de lo que parecían ser árboles.

—¿Dónde estoy?—pregunté.

Mientras un olor a tierra húmeda llenaba mis pulmones, los sonidos comenzaban a ser cada vez más claros, empecé a recordar: estaba en una carreta escapando de los soldados. Me senté y giré mi cabeza en dirección al conductor; llevaba el mismo atuendo que el hombre que me había salvado. El conductor giró su cabeza y se dirigió a mí: «Al fin despertaste, pronto llegaremos a nuestro destino y podrás relajarte». Mil palabras se me cruzaron para decir en ese momento, pero la única que salió fue: «Gracias».

—Gracias por salvarme.

—No hay nada que agradecer, señor, solo cumplíamos nuestra misión.

—¿Misión? ¿Qué misión?

—Rescatarlo y ponerlo a salvo sin importar el costo. Sé que tiene muchas preguntas y dudas; solo espere hasta que llegemos al campamento, allí una persona le aclarará todo.

Me mantuve en silencio mientras continuaba nuestro viaje. Cada vez nos adentrábamos más y más en lo profundo del bosque, no tenía noción del tiempo ya que la poca luz que podía percibir era filtrada por la frondosa vegetación. Comenzó a oscurecer de a poco, sin duda la noche había llegado al bosque. A la distancia divisé lo que parecían fogatas e inmediatamente la voz del conductor:

—Estamos llegando a nuestro destino.

Al fin podría entender lo que estaba pasando. Comencé a distinguir las estructuras que se presentaban ante mí y me sorprendí al ver que no era una aldea, sino una especie de campamento improvisado. La carreta se detuvo, miré detenidamente todo el entorno tratando de entender lo que había frente a mí, creí que solo encontraría hombres vestidos con atuendos oscuros, pero ¿mujeres? ¿niños? más y más preguntas llenaban mi cabeza. La voz del conductor, otra vez:

—Señor, baje y diríjase a esa gran tienda que está a la izquierda, lo están esperando.

Volví a dar las gracias, me bajé de la carreta y me encaminé hacia la gran tienda. Un momento:

—¿Cómo es posible que pueda estar de pie, si no ha pasado ni un día desde que no me podía ni mover?

—Señor, siento decirle que hemos estado viajando durante diez días.

—¿Diez días? ¿Cómo es eso posible?.

—Por favor, señor, diríjase a la gran tienda. Lo están esperando.

Mi cabeza era un remolino. Lo mejor será no hacer más preguntas y dirigirme a la gran tienda en busca de respuestas. De camino a mi destino seguí contemplando mis alrededores, mirando las tiendas, mujeres, niños y hombres; más preguntas rondaban mi cabeza, ya era momento de conseguir esas respuestas para poder entender todo de una buena vez.

Al entrar a la tienda sentí como una sensación de paz que tranquilizaba mis pensamientos. Delante, distinguí a tres personas de espaldas que llevaban túnicas oscuras. Parecían estar discutiendo.

—El tiempo se agota, necesitamos ponernos en marcha de inmediato o no llegaremos a tiempo.

«¿Los interrumpo o me mantengo en silencio? ¿Cómo debería proceder?», pensé.

No pasó mucho sin que notaran mi presencia y una voz femenina dijo:

—Retírense, continuaremos más tarde.

Los dos hombres se retiraron y solo quedó una persona de espaldas delante de mí. Por el timbre de su voz supe que era una mujer, no había dudas. Giró hacia mí, no podía distinguirla bien porque su atuendo oscuro le cubría gran parte del rostro, algo me parecía familiar en ella,

pero algo no estaba bien, ¿debería decir algo? Creo que debería empezar por presentarme.

—Hola, mi nombre es...

—Argail, ya lo sé.

—¿CÓ... cómo es que usted sabe mi nombre?

—Sé muchas cosas sobre ti que ni siquiera tú sabes, pero ¿dónde están mis modales? Mi nombre es Aya —dijo mientras se quitaba la capucha que cubría su rostro.

No puede ser, ese cabello dorado y esos ojos celestes.

—¿Acaso eres la bruja?

—¿Bruja? ¿No te parece irrespetuoso llamarme de esa manera cuando te dije mi nombre?

—Me disculpo, Aya, es que he pasado tantas cosas ilógicas que mi mente aún está perturbada, no fue mi intención insultarla ni mucho menos.

—Argail, seguro tienes muchas preguntas. Ya que todo pasó muy rápido, voy a tratar de responderlas —dijo. Se acercó a una mesa y tomó una jarra que al parecer contenía agua, llenó un vaso y se acercó con este en la mano.

—Bebe.

Tomé el vaso y bebí, era solo agua. Se quedó mirando, esperando que dijera alguna cosa. «Veo que el momento de aclarar mis dudas llegó»; aunque cientos de preguntas habían atiborrado mi cabeza, solo dije una:

—¿Quién o qué eres?

—Como ya dije, mi nombre es Aya. Soy una sacerdotisa del culto de Los Oscuros, el cual cumple la voluntad del único y verdadero Dios, Ivo.

—¿Ivo? No recuerdo la existencia de ningún Dios con ese nombre.

—No ahora, ya que su nombre fue borrado de todos los registros por su hermano Petro.

—Hasta donde entiendo, ese es el nombre del Dios Supremo.

—Ahora sí, pero en un principio no fue así. Eso seguramente te lo explicara él, yo solo puedo aclarar tus dudas hasta lo ocurrido aquí.

No terminó de convencerme su respuesta, pero no podía desperdiciar la oportunidad de aclarar algunas dudas hasta este momento.

—¿Qué ocurrió el día que nos conocimos?

—Bien, ¿por dónde empezar? Unos días antes recibí la visita de Ivo en mis sueños, que me decía que creía haber encontrado a su campeón,

pero necesitaba estar seguro y me pidió que me llegara hasta el pueblo donde él habitaba. Mencionó que sería una experiencia dolorosa y, si llegara a equivocarse, sería probable que muriera; luego llegaron imágenes a mi cabeza, del pueblo y del posible campeón.

—Debes confirmar si posee el valor y la moral necesarios para combatir una injusticia sin importar las consecuencias.

—Al despertar me dirigí al pueblo; fueron varios días de viaje. Al llegar sabía que si alguien me reconocía antes de tiempo sería un problema porque no podría completar mi misión. Así fue que comencé a eludir a los guardias del pueblo en busca del posible campeón y, luego de una ardua búsqueda, logré encontrarlo. Sinceramente no parecía gran cosa, pensaba si me habría equivocado, pero algo dentro de mí decía lo contrario. Divisé a un noble que paseaba con sus dos guardias, conseguí llamar su atención y logré que me reconocieran. Forcejeé con ellos para llegar al lugar donde te encontrabas y ahí comencé a luchar para tratar de escapar; el resto de lo sucedido ya lo sabes, solo debo añadir que cuando tú mataste al noble, entre la sorpresa y el asombro de la multitud, logré escabullirme mientras sus miradas estaban fijadas en ti.

—¿Cómo te aseguraste de que yo era esa persona que buscabas?

—Fácil, nadie hubiera desafiado la autoridad de un señor por salvar a una bruja ni menos matarlos sin titubear solo por el hecho de estar llevando a cabo una injusticia.

—¿Solo por eso?

—Entiende esto, Argail, nadie hubiera actuado de esa manera a sabiendas de que los nobles son elegidos por los gobernantes de cada región, gobernantes que tienen sus raíces en los cimientos de este mundo y que fueron elegidos por los mismos dioses. En pocas palabras sería ir en contra de los dioses y eso está penado con la muerte. Después de eso solo nos quedaba esperar hasta el día de tu ejecución para poder rescatarte.

—Aunque acepte lo que me contaste, aunque me cueste creerlo y suponiendo que la voz que escuché en mi cabeza el día de mi ejecución haya sido la del dios Ivo, aún no tengo en clara la verdadera razón de todo esto, sin mencionar que me llamaste «campeón» de un dios que no sabía que existía hasta hace unos días, cuando nunca hasta ese momento había participado en algún tipo de pelea ni menos quitado la vida a alguien.

—Argail, eso es todo lo que puedo responderte ya que es lo que yo sé. Cuál es tu destino en este mundo o tu misión te lo explicará Ivo. Nuestra misión solo era encontrarte, salvarte y llevarte ante él.

—¿Voy a hablar con un dios?

—Así es, esa es su voluntad. Mañana comienza la luna roja, será el momento para que hables con él.

—¿Luna roja?

—Como bien sabes, las fases de la luna son cuatro, pero cada millón de años nuestro planeta se alinea con el centro del universo, lo que provoca una mayor atracción hacia el centro; el magnetismo de nuestro planeta se incrementa y también su fuerza de atracción. En consecuencia, la luna incrementa también su magnetismo y fuerza de atracción, se convierte en un imán gigantesco que drena todo tipo de energía y la acumula en su centro, lo que produce un efecto rojizo en ella. El rumor dice que hasta la energía de los mismos dioses es extraída por la luna roja.

—Hasta ahora solo nos ha contactado en sueños durante periodos breves, pero en esta ocasión ha ordenado que te llevemos a la Gran Roca al comienzo de la luna roja, creemos que se hará presente ante ti en ese lugar. Es conveniente que descanses ya que en un rato partiremos. Ahora ve, hay cosas que necesitan de mi atención.

Luego se dirigió hacia un escritorio que estaba a la derecha, tomó asiento y comenzó a revisar los libros que ahí estaban. Si bien aún no estaba convencido, decidí no hacer más preguntas y esperar a que las cosas siguieran su curso, quizá al fin terminaría develando todo. Salí de la gran tienda y, al parecer, comenzaba a amanecer; me dirigí a una fogata que aún estaba encendida, me senté cerca de ella y comencé a observar todo nuevamente, escucho una voz:

—Mamá, él es.

—Sí, hijo. Es él.

Al escuchar eso no me resistí preguntarle:

—¿Soy quién?

—El que nos va a librar de este destino de sufrimiento y va a lograr terminar con la tiranía de los dioses.

No tuve palabras para responder a lo dicho, solo acaricié la cabeza del chico con mi mano y sonreí. Mientras esa madre y su hijo se aleja-

ban, continúe observando con detenimiento todo lo que alcanzaba a distinguir del campamento.

Increíble, realmente increíble. Pasé de ser una persona de lo más normal a un criminal, luego a un supuesto campeón de un dios que no sabía que existía hasta hace un rato y ahora a acabar con el sufrimiento y la tiranía, ¿no será mucho? Aunque antes de ser ejecutado escuché la supuesta voz del dios Ivo, el cual me menciono algo sobre eso a cambio de mi lealtad. Qué complicado es todo esto, aunque a decir verdad siempre pensé que el pasar de este mundo no era lo correcto y si se pudiese cambiarlo sería muy bueno; la verdad es que esta idea de poder cambiar el mundo para mejor es muy atractiva, pero no puedo dejar de preguntarme si en realidad estaré a la altura del trabajo, pero también pienso que si un dios me eligió debería de ser posible, ¡jal!, hace un rato dudaba de todo esto y ahora creo poder llevarlo a cabo.

No lo había notado, pero ya estaba amaneciendo. La fogata delante de mí se había consumido por completo, una suave brisa golpeó mi rostro y sentí el dulce aroma de las hierbas húmedas mientras veía cómo preparaban las carretas para el que sería nuestro viaje a la Gran Roca. Aya salió de la gran tienda, se acercó y me dijo: «Argail, ya es hora». Una parte de mí aún se resistía a creer lo que estaba pasando, pero solo me levanté y me dirigí hasta la carreta sin decir palabra alguna. Tomé mi lugar y comenzaron a moverse las carretas mientras veía cómo el campamento se hacía más y más pequeño, para mi sorpresa. Me sentía algo ansioso por llegar. Mientras nos dirigíamos en dirección al sol naciente, cerré mis ojos y nuevamente me dejé caer en los brazos del sueño.